

Cómo el azar ha gobernado mi existencia y mi futuro

Relación de algunos casos significativos en mi vida

Diego Pareja Heredia

*A mi hermana Reina Luz que tanto influyó
en las primeras etapas de mi vida.*

Nota Introductoria

En el podcast *El Algo*, organizado por el departamento de Matemáticas de la Universidad del Quindío, frente a una pregunta relacionada con un tema de las matemáticas que hubiera impactado mi vida, respondí: *el azar*. Y traje a colación en primer lugar, mi vinculación con la Universidad del Quindío y el caso de mi matrimonio con quien ha sido mi esposa por ya casi sesenta años, Neira Cerón Muñoz, a quien conocí por puro azar en enero de 1966, como consecuencia de un evento ocurrido en la carrera décima en el centro de Bogotá¹.

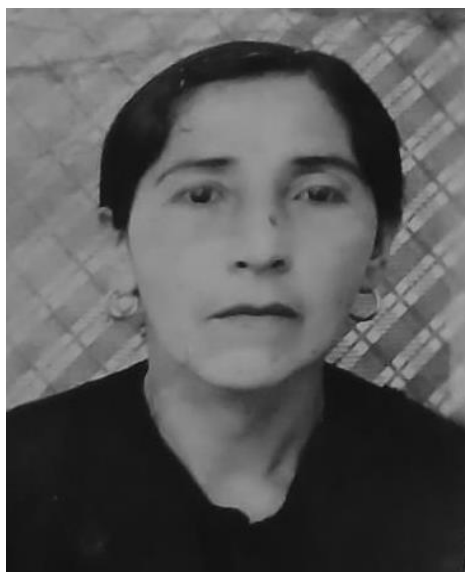


Foto 1. Mamá Zoila, como la llamábamos de niños, aparece aquí en los tiempos cuando descubrió su verdadero nombre alrededor de 1960.²

Y el azar me dio la familia a la que tengo el honor de pertenecer y que ha moldeado mi personalidad y mi futuro; comenzando con la heroína máxima de esta historia, mamá Zoila Heredia, que al quedar viuda con ocho hijos supo capotear las dificultades que trajo la

¹ Ver:

<http://www.matematicasyfilosofiaenlaula.info/articulos/CreacionDepartamentoLicenciaturaEnMatematicas.pdf>

² <http://matematicasyfilosofiaenlaula.info/articulos/DescubrioSuNombreLlegandoALosSesentaDPH.pdf>

ausencia de mi padre y además tener el temple para adicionar dos hijos más, de un segundo matrimonio y conducirlos por el camino del bien y hacer de ellos excelentes ciudadanos.

Sus hijos menores Diego, Eduardo, Ricardo y Lila compartimos experiencias y estuvimos ligados entrañablemente a través del juego y de las aventuras infantiles. Las hijas mayores Estela, Carmen Libia y Matilde, por diferencia de edad, no influyeron mayormente en nuestras vivencias juveniles.

Las fotos que acompañan este escrito fueron compartidas por mi hermana Lila, por mi esposa Neira y por Reinita Luz, la hija de Reina Luz. A todas ellas un sentido agradecimiento.



Foto 2. Diego, Eduardo y Ricardo, frente al hoy desaparecido puente del río Mayo en la vía que conduce a La Cruz. Este puente y este río tienen mucho que contar de nuestros años juveniles.

Mi primer encuentro con el azar que definió el rumbo de mi vida

Visitaba un domingo del año 1962 a mi hermana Reina Luz, que por aquel entonces vivía en Ciudad Jardín, un barrio al sur de Bogotá; era muy joven, recién graduado de bachiller y con la frustración de no haber logrado ingresar a la Universidad Nacional para estudiar ingeniería civil. La Nacional era la única institución a la que personas como yo, de escasos recursos, podía acceder.

Ingeniería civil, supuestamente era la carrera de mis preferencias, y para la cual decía mi mamá, tenía yo predisposición, porque de niño era feliz haciendo carreteras y puentes por donde conducir los carritos de cartón que nosotros diseñábamos y construíamos, acompañado casi siempre de mis hermanos menores Eduardo y Ricardo.

En la tarde de ese domingo, de repente, llegó una vecina junto a su esposo a visitar a Reina Luz y a su esposo, el médico José Félix Zambrano. Después de los saludos y presentaciones de rigor supe que la pareja era el doctor Diego Alberto Espitia y su esposa Lily. Mi hermana les contó sobre mis frustraciones al no ser aceptado en la Universidad Nacional, a lo que el

doctor Espitia me propuso estudiar en la Universidad Libre de Colombia, que aunque era conocida por su facultad de derecho estaba iniciando la facultad de Educación. Allí podría escoger una especialidad que se acomodara a mis proyecciones futuras. A mí me gustan las matemáticas, le dije, y él respondió, tenemos licenciatura en matemáticas y física. El problema es que no tengo para la matrícula, me disculpé. No se preocupe, me dijo, aunque los exámenes de admisión ya pasaron, preséntese en mi oficina mañana y vamos a ver cómo podemos ayudar a resolver su problema.

El doctor Diego Alberto Espitia era el decano de la facultad de Educación que por esos años funcionaba en una antigua casa de la calle octava con carrera quinta, anexa a la facultad de derecho. Bien puntual me presenté al otro día en su oficina e inmediatamente me envió donde el asesor de admisiones quien me dio un formulario para llenar y un examen de admisión el que contesté bien y por lo tanto estaba académicamente admitido. Volví donde el decano y me contó que Jacob Aranha, quien el año anterior fue portero de la facultad no continuaría en ese cargo y así yo podría reemplazarlo y pagaría mi matrícula en cómodas cuotas mensuales. Más aún dijo, usted será portero-celador y podrá dormir aquí en esta casa. ¡Todo estaba resuelto: ingreso a la universidad, sueldo, vivienda y matrícula! ¿Qué más le podía pedir a la vida?

Considero que estos golpes del azar ocurren con más frecuencia de lo que uno se imagina, desde ganarse una lotería hasta morir en un accidente de tránsito. El azar nos acompaña desde nuestra concepción hasta el instante de nuestra muerte. En mi caso, de no haber visitado a mi hermana ese domingo, mi futuro habría sido incierto.



Foto 3. Tres excelentes hermanos me acompañan en un paseo por la carrera 7ª de Bogotá. A mi izquierda Fernando, el que me dio la mano en momentos difíciles de mi bachillerato, José Euclides quien desde Venezuela me ayudó económicamente en esos años; y Reina Luz, la mejor hermana en mi juventud, por su cariño y ayuda mientras estudiaba en Pasto y además, porque propició el encuentro con mi vocación docente.

Segundo encuentro con el azar que definió mi rumbo familiar

La carrera décima era en esos tiempos muy concurrida, sobre todo porque allí iba todo el mundo a tomar el bus. Un domingo del año 1966, mientras esperaba el bus, se me apareció sorpresivamente Marco Aurelio Cerón. Marco Aurelio, mi coterráneo, era amigo desde tiempos en que compartíamos copas en San Pablo y luego música y parranda mientras estudiábamos en Bogotá. Marco era la primera voz de un proyecto de trío, al lado de otro compañero de la Libre y cuyo mayor logro sería, una presentación en la emisora la Voz de la Víctor durante un programa de música romántica. Nuestro encuentro ese día, definió el rumbo de mi vida familiar. Marco venía de la carrera 11 después de resolver un problema de escasez de dinero. Mi hermano, me dijo, vamos por los instrumentos pues te invito a una reunión de amigos buenísima y les amenizamos el rato. A mi resistencia ante su propuesta, él argumentó la posibilidad de conocer amigas y además para que me tomara un receso en mis compromisos académicos.



Foto 4. Mi hermana Lila acompaña a Neira en un paseo por el centro de Armenia alrededor del año 1968.

Lo cierto es que mi debilidad en ese tiempo era la música y con Marco la pasábamos muy bien compartiendo esa afición y por lo tanto el desenlace de ese encuentro resultó ser que terminé en la fiesta con algunos paisanos y amigos tocando y cantando boleros y música alegre, y en los recesos bailando con las parejas en esa reunión. Allí conocí a Neira, la hermana de Marco y se inició un romance que aún sigue vigente y “in crescendo”, producto de nuestro amor y del transcurrir de los años.

Esta coincidencia en tiempo y lugar, en circunstancias tan extraordinarias condujo a la unión de dos destinos que indujeron a la creación de una familia particular y muy especial que hoy nos enorgullece. Si Marco no deja la fiesta para ir a conseguir plata, tal vez otra sería mi vida.

El tercer encuentro con el azar que me enruñó a la Universidad del Quindío

La misma carrera décima del caso anterior. Caminando por allí me encuentro a Emiliano Palacios, un compañero de grado en la licenciatura, quien me contó haberse comprometido para ir a trabajar a Armenia con Jacob Aranha, por ese tiempo director del departamento de matemáticas de la Universidad del Quindío. Sin embargo, había cambiado su decisión, porque prefería quedarse estudiando matemáticas puras en la Universidad Nacional donde ambos habíamos sido admitidos. Me dio el teléfono de Jacob y me pidió que lo disculpara. Mi situación económica en Bogotá no era la mejor, ya casado y con dificultades, tenía que buscar mejores opciones. Un sueldo de 750 pesos mensuales que devengaba en un colegio privado en Bogotá difícilmente alcanzaba para vivir. Cuando llamé a Jacob me dijo que me fuera para allá con un salario mensual de 3500 pesos. No lo pensé dos veces. Neira, dijo: ¡si mijo, es lo mejor!

Al siguiente día a las seis de la tarde ya estaba contratado, posesionado y dictando mi primera clase de cálculo a alumnos de la licenciatura de matemáticas y física de la Universidad del Quindío, en una ciudad que como Armenia, para mí en ese tiempo, era desconocida.

De no haber existido ese casual encuentro con mi excompañero de estudios, mi destino habría sido otro.

El cuarto encuentro con el azar que me llevó a Boulder, Colorado

Cómo me debo a mis exalumnos, lo demostrarán los dos últimos ejemplos que aquí describo. Otro encuentro casual con Hernán Bonilla (egresado de la licenciatura en matemáticas y física y uno de los primeros alumnos en mis clases de cálculo) me informó que oyó que el Icfes, en convenio con Icetex, ofrecía becas para estudiar el posgrado en el exterior. A la primera oportunidad que tuve, entré en contacto con el Icetex para mayores detalles. Entre otras condiciones exigía primero, que la universidad me diera el patrocinio nominal y salarial durante mis estudios y segundo que se comprometiera a recibirme al terminar el posgrado. Ante mi solicitud, el Consejo Superior de la universidad se comprometió a lo segundo y sólo me postulaba como candidato, pero se abstenía de pagarme un salario durante mis estudios en el exterior.

Neira y yo no lo pensamos mucho. La suerte estaba echada, un posgrado en el exterior vale demasiado para negarse a aceptar el reto. Para las vacaciones de medio año de 1969 yo adelantaba dos cursos: Variable Compleja y Algebra Moderna en Pereira con dos profesores americanos. Al comentarle al profesor de algebra, doctor Richard Roth, sobre la posibilidad de ir a estudiar a Estados Unidos, siempre que lograra admisión en una universidad gringa, prometió ayudarme a tramitar la admisión, en la Universidad de Colorado donde él era profesor.

Lograda la admisión en Colorado, no la iba a desechar porque la universidad del Quindío no me pagaba salario alguno durante dos años. Renuncié para que la universidad me liquidara la cesantía y con eso poder pagar los pasajes que la beca no costaba de Neira y mi hija

Sandra Natalia. El enriquecimiento intelectual obtenido durante los dos años de mis estudios en la Universidad de Colorado, Boulder, fueron de una dimensión tal que su descripción, no cabría en un artículo corto como éste³. Primero viajé yo a adelantar el curso de inglés intensivo en Los Ángeles por cinco meses y luego, Neira y Sandra Natalia llegaron allá en agosto de 1970 para seguir a Boulder, Colorado.



Foto 5. Neira, Sandra Natalia y Diego en el lago del MacArthur Park en Los Ángeles. Era Agosto de 1970, finalizaba el curso intensivo de inglés y ya casi listos para seguir a Boulder, Colorado.

Con trescientos dólares mensuales de la beca se podía vivir pero con muchas restricciones. Neira, sin embargo, se ayudaba cuidando niños al principio y luego la admitieron como costurera en una factoría de artículos deportivos de nombre *Alpine Design*. Allí impuso altos estándares de eficiencia a tal punto que sus mismas compañeras de oficio le pedían que no fuera a ese ritmo porque las perjudicaba. Fue así como ella con su esfuerzo y dedicación triplicó nuestros ingresos a tal punto que pudimos sortear con éxito nuestra situación económica. A la vuelta al país sus ahorros fueron la simiente de lo que sería la tradicional *Librería Primavera* que funcionó en Armenia por más de cuarenta años.

El encuentro con ese exalumno me abrió una puerta inesperada para lograr un objetivo al que desde joven aspiré, de no ser así, hoy estaría contando una historia diferente o quizá ninguna.

Quinta aparición del azar en beneficio de mis años de retiro

Tuve dos estudiantes, en distintas promociones, de nombre Jesús Álvarez. Para distinguirlos, les asigné el apelativo de claro al blanco y oscuro al trigueño. Conversando un día de 1979 después de clase con Chucho el claro, comentó haberse enterado por un aviso en la carretera entre Armenia y Pereira sobre la oferta de lotes campestres en Circasia a la módica suma de cien pesos metro cuadrado (como referencia, en 1980 el pasaje Armenia Cali costaba aproximadamente cuarenta pesos). Visitamos con Neira la urbanización de nombre Villa

³ Ver la sección, Experiencias académicas importantes en:

<http://www.matematicasyfilosofiaenelaula.info/articulos/CreacionDepartamentoLicenciaturaEnMatematicas.pdf>

Ligia y hablamos con el doctor Omar Mejía, dueño de la urbanización. Casi todos los lotes estaban vendidos, salvo dos, uno muy grande y uno pequeño de 2.400 metros cuadrados, pero muy faldudo que a la final, por capacidad económica, era el único que estaba en capacidad de comprar.



Foto 6. La pequeña vivienda de Ollantay que sirve de refugio y recreo a la familia y amigos. Al fondo se destaca los cuarenta pinos y los dos gigantescos eucaliptos que adornan la entrada de la propiedad.

El doctor Mejía, atento y cordial me dio todas las facilidades posibles para que adquiriera el lote, que empezando con cinco mil pesos se lo pagara en seis meses. Así fue y en febrero de 1980 éramos los propietarios de lo que vendría a ser nuestra casa de campo y de recreo cuyo nombre es *Ollantay*. ¿Y por qué ese nombre? En esos años estaba enfrascado en la investigación del conocimiento matemático de las culturas precolombinas, en particular lo concerniente al quipu y la yupana incas⁴. Los resultados de mi indagación se presentaron en varios congresos en Colombia, Cuba y en el Congreso Mundial de Matemáticos de 1986 en Berkeley, California.

Fue para mí una sorpresa descubrir, lo adelantados que estaban los incas en estas materias. Aprendí mucho sobre la historia de la cultura inca, principalmente leyendo las crónicas de los españoles que llegaron durante la conquista y luego en tiempos coloniales. Una historia que me impactó fue la vida de un general del inca Pachacutec que se atrevió a enamorar a su hija. El nombre de este general fue precisamente Ollantay. Si el lector visita Perú podrá visitar *Ollantaytambo*, el pueblo incaico que impacta por su belleza monumental y que se dice, fue el cuartel del famoso general.

De 1980 a hoy han pasado muchos años que los puedo dimensionar en el imponente tamaño de los cuarenta pino-cipreses y los dos gigantescos eucaliptos que plantamos ese año y que hoy sirven de marco a la entrada al refugio de paz, donde Neira, mi familia y yo disfrutamos

⁴ <https://revistas.uis.edu.co/index.php/revistaintegracion/article/view/1205/1606>

el encanto de la campiña y del magnífico paisaje cuyo fondo son las imponentes montañas de los Andes.



Foto 7. La hermosa vista que se extiende a los ojos del visitante a Ollantay. Al fondo la cordillera central, uno de los tres ramales en los que se divide la imponente cordillera de los Andes al atravesar Colombia.

Epílogo

De no haber conversado con Chucho el claro y sí, con Chucho el oscuro sobre estos temas, hasta de pronto, habría conseguido un lote por los lados de Caicedonia de donde él era oriundo y como consecuencia, esta historia no habría sido escrita.

El azar, como lo resalto aquí en mi caso personal, es el ingrediente fundamental de lo que en el lenguaje coloquial constituye el destino de las personas. Es el azar que nos moldea y encamina para ser lo que somos: *únicos e irrepetibles*.

En Ollantay, Urbanización Villa Ligia, Circasia a 27 de octubre de 2025.